

1959

Ediciones CONTINENTE
Biblioteca Cultura y Libertad

Distribuidora Librería ATENEA
Colonia 1263 - Montevideo - Uruguay

BIBLIOTECA CULTURA Y LIBERTAD

1

FRANCO y el COMUNISMO

Por
LUIS ARAQUISTAIN

Prólogo de
F. FERRANDIZ ALBORZ

★

CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA
COMITE URUGUAYO

Rambla Wilson 229, Ap. 22 — Montevideo - Uruguay

BIBLIOTECA CULTURA Y LIBERTAD

1

FRANCO
y el
COMUNISMO

Por
LUIS ARAQUISTAIN

Prólogo de
F. FERRANDIZ ALBORZ

★

CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA
COMITE URUGUAYO

Rambla Wilson 229, Ap. 22 — Montevideo - Uruguay

LUIS ARAQUISTAIN

Su obra en su tiempo

Un punto de partida para la adecuada comprensión de lo que Luis Araquistain representa en el proceso de la cultura española, etapa 1900-1959, sería el estudio de las generaciones intelectuales rectoras de la vida espiritual de España.

Mucho se ha insistido sobre la influencia de la generación del 98 en la vida española, hasta el grado de valorarla como el comienzo de un nuevo Siglo de Oro de las letras. Mas parecería que la generación del 98 apareció en España como fruto de generación espontánea, sin antecedentes que la condicionaran, más aún, sin el punto de apoyo de otras generaciones intelectuales que le preparasen el terreno.

El único antecedente sería negativo; la consabida decadencia española; la atonía política de las instituciones monárquicas; el caciquismo anulador de la libre iniciativa de los hombres; la muerte de los municipios; las hipertrofiadas oligarquías latifundista, militar y clerical, etc. El fenómeno histórico habría sido tan sencillo como suponer que un grupo de hombres, los del 98, sensibles a la decadencia española, se hubiesen propuesto crear una nueva tabla de valores de las cosas y los hombres españoles para renovar a España. ¿Fue así? ¿Puede ser así? ¿No tuvo España en el siglo XIX instituciones y hombres representativos, antecedentes obligados del resurgimiento español que representan los del 98 en el cruce de los siglos?

Figuras como las de Marcelino Menéndez Pelayo revisando sistemáticamente el sentido de la letra y el espíritu del Siglo de Oro; la escuela arabista de don Francisco Codera; la escuela española de jurisprudencia de don Eduardo de Hinojosa; Joaquín Costa interpretando las raíces económicas y sociales de España; Francisco Giner de Los Ríos con su Instituto Libre de Enseñanza abriendo el alma de España al aire espiritual del mundo; Ricardo Macías Picavea, antecedente del espíritu crítico de los del 98; Pablo Iglesias y su mensaje político y sindical a través del Partido Socialista Obrero Español y la

Unión General de Trabajadores; Manuel Bartolomé Cossío iniciando la valoración del arte pictórico español; Felipe Pedrell reincorporando a la música española sus valores permanentes, he ahí algunos hombres e instituciones que expresan un aliento español de reafirmación histórica positiva.

Si la literatura influye tanto en la renovación de valores nacionales, entre los escritores anteriores a los del 98 encontramos a Pedro de Alarcón, Juan Valera, José María de Pereda, Jacinto Octavio Picón, Benito Pérez Galdós, Emilia Pardo Bazán, Leopoldo Alas "Clarín", Vicente Blasco Ibáñez y Armando Palacio Valdés, además de los poetas Gustavo Adolfo Bécquer, Rosalía de Castro y Jacinto Verdaguer entre otros. ¿Nada representan estos nombres en la renovación de valores espirituales españoles? ¿Nada influyeron en la formación literaria de los del 98?

Los del 98 forman el llamado VABUM (Valle Inclán, Azorín, Baroja, Unamuno, Maetzu y Benavente). Como quedaban fuera hombres que influyeron tanto como ellos en la renovación de valores intelectuales y artísticos, se ideó el llamado MAJO (Gabriel Miró, Pérez de Ayala, Juan Ramón Jiménez y José Ortega y Gasset).

¿Cuál fue la obra de la generación del 98?: "La generación del 98 —decía Manuel Azaña— innovó, trastornó los valores literarios. Esta es su obra. Todo lo demás está lo mismo que ella lo encontró. En el orden político, lo equivalente a la obra de la generación literaria del 98 está por empezar".

En los grupos generacionales que hemos señalado no figuran hombres de tanta influencia como Joaquín Sorolla, Santiago Ramón y Cajal, Rafael Altamira, Ramón Menéndez Pidal, Manuel de Falla, Manuel Azaña, Eugenio D'Ors, Antonio Zozaya, Gabriel Alomar y otros que en la prensa, el libro, la tribuna o la cátedra dieron tono a la cultura española entre los dos siglos y en las primeras décadas del siglo XX. En la nomenclatura de generaciones tampoco hallamos el nombre de Luis Araquistain, y no es justo. Como en la integración de estas generaciones se tenía en cuenta la capillita o la tertulia de café, se consideran al margen a quienes ante todo eran hombres de militancia política, como en los casos de Manuel Azaña y Luis Araquistain. También porque a los gerifaltes de cada generación les preocupaba la revolución literaria o artística, y a los dos exceptuados, fundamentalmente, la revolución política y social.

Luis Araquistain, aunque frecuentaba peñas de café, no pertenecía a ninguna capillita. La aventura de su adolescencia y juventud lo situó, desde los albores de su razón, frente al problema social y en él se definió como socialista. Nacido en Bárcena de Pie de Concha (1886), provincia de Santander, cursó el bachillerato en el Instituto de Bilbao como alumno libre. Tuvo como compañero de banco a otro gran olvidado: Tomás Meabe. Como la mayoría de los estudiantes libres, no hizo carrera. Quiso ser marino, no para el comercio sino para la aventura, y no pudo ser marino. Más que una profesión liberal le preocupaba la cultura liberadora. Lee y lee. Muy joven aún emigra a la Argentina, donde residió desde 1905 a 1908, trabajando, primero "en el ferrocarril de Bahía Blanca al Pacífico, allá por el kilómetro 46 de la nueva línea". Ese primer contacto con la realidad hispanoamericana creó en él una de sus constantes, la del hispanoamericanismo, a la que nos referiremos más adelante.

Viajó en Europa por Francia, Inglaterra y Alemania. Le obsesionaba lo que Leo Frobenius llamaba "la cultura como ser viviente", y como ser vivo por excelencia, el hombre, los hombres, los pueblos, y el verbo de los pueblos. La Guerra Europea (1914-1918) abre el pórtico de trascendentes catástrofes históricas. El director de "El Liberal", de Madrid, Alfredo Vicenti, le alienta en su carrera periodística. Aparece en el horizonte político internacional la primera polarización de dos bandos: francófilos y germanófilos. En líneas generales los espíritus liberales son francófilos y los reaccionarios germanófilos. Araquistain es francófilo.

En 1915 José Ortega y Gasset funda la revista ESPAÑA. En 1916 se encarga de su dirección Luis Araquistain. El semanario se convierte en aglutinador de la inquietud renovadora del pueblo español. El 12 de enero de 1916 Araquistain publica en el *Daily News*, de Londres, un artículo acusando el soborno que el dinero alemán ejercía sobre la prensa española. Araquistain afirma que se pueden contar con los dedos de una mano los diarios madrileños que no están vendidos al oro alemán. Le replica la prensa germanófila y contesta él en "España", 3 de febrero de 1916, con su artículo "La prensa española y la guerra". Es su primera gran polémica. En su labor, que inicia el despertar de la conciencia intelectual española hacia los temas políticos españoles, le acompañan en "España", Miguel de Unamuno, Luis Bagaría, Enrique Díez Canedo, Ramón Pérez de Ayala, Antonio

Machado, Luis de Zulueta, Lorenzo Luzuriaga, Juan de la Encina, Alvaro de Albornoz Fabián Vidal, Salvador de Madariaga, Luis Bello, Marcelino Domingo, Fernando de Los Ríos, Gabriel Alomar, Sánchez Días y otros.

Fruto de su polémica en torno a la política española y los problemas derivados de la guerra, fueron sus libros: "Polémica de la guerra", "Dos ideales políticos" y "Entre la Guerra y la Revolución".

El pensamiento de Araquistain se mantuvo en un reformismo social, socialista, de realismo crítico, en el que se compaginaban los imperativos económicos, condicionadores de la vida nacional y el gran ideal de la convivencia de todos los pueblos en una estructura ecuménica.

Entre francófilos y germanófilos españoles apareció una tipología intermedia, aunque en realidad eran germanófilos vergonzantes. Especulaban en torno a los perjuicios de toda guerra para conquistar la adhesión de las gentes marginales ante cualquier evento histórico; los partidarios de que España continuara siendo un país marginal, sin voz europea ni internacional. Eran los cultivadores del colonialismo interno, los medradores oligárquicos, explotadores de una nación de obreros emigrantes. Pasaron los años y los continuadores de aquellos políticos de la neutralidad, fueron los agentes de una agresión bélica fratricida, la más horrorosa que registra la historia.

La guerra internacional desencadenó la guerra social en la España de aquellos años. España, país periférico, neutral, no pudo eludir la contienda social engendrada por la guerra, y estalló la Huelga General revolucionaria de Agosto de 1917.

¿Qué significó la Huelga General de Agosto de 1917 en el proceso social español e internacional de aquellos tiempos? Veamos cómo la interpretó Luis Araquistain:

"No se sabía lo que era una huelga general indefinida. No lo sabían los Gobiernos, no lo sabían las empresas capitalistas, no lo sabían tampoco los mismos obreros. Ahora nadie lo ignora. ¿Y qué piensa cada uno? La clase obrera española debe estar orgullosa de su esfuerzo. Dio un ejemplo de solidaridad, de organización, de fuerza social, de sensibilidad política apenas igualado por los trabajadores de ningún país. En vano recordamos las grandes huelgas, las generales de Bélgica, de Suecia y las gigantescas de Rusia, que después de una docena de años de acción continua pudieron, por desgaste y a favor de la guerra,

derrocar al zarismo; las parciales de Inglaterra, Francia e Italia; la huelga española de Agosto de 1917 nos parece, por su extensión en tiempo y espacio, por su cohesión y rapidez en declararse, proporcionalmente una de las mayores, tal vez la mayor que se registra en la historia. ¿Y ha de ser esto motivo de desaliento? Nadie a quien no ciegue el interés de clase, la pasión personal o la carencia de perspectiva —sucesos de esta magnitud exigen un amplio horizonte mental, un examen visual a distancia, para no perder la grandeza del contorno— dejará de reconocerlo. (Luis Araquistain). "Entre la Guerra y la Revolución - La Huelga General de Agosto" (1917).

Los propósitos programáticos de aquella huelga fueron el derrocamiento de la monarquía. El fervor de las masas y el proceso y encarcelamiento del Comité de Huelga, integrado por Julián Besteiro, Francisco Largo Caballero, Andrés Saborit y Daniel Anguiano, evidenciaron que las ambiciones eran de mucha voluntad histórica. (En el aspecto personal la huelga estuvo preparada y dirigida por Pablo Iglesias). Araquistain y "España" estuvieron en el centro de esa conmoción social de tanta repercusión en el proceso institucional español. Por la primera vez en España, al margen del movimiento político militante, apareció un movimiento cultural de contenido social. La cultura no sólo para minorías elegidas —elegidas por los mismos elegidos— sino para elevar a preocupación inteligente los problemas del diario vivir de todas las gentes. Esto se debió a Araquistain y a "España".

Desde entonces la cultura española se bifurca: José Ortega y Gasset, para quien la cultura es faena de selección minoritaria, y Luis Araquistain, para quien la cultura es función selectiva para todos. En este último sentido, la cultura es menester político y social, se dirige por igual a la fenomenología del espíritu, al mundo de las relaciones subjetivas con el mundo exterior, así como a la crítica del Estado y de las relaciones de clase. No busca sólo una consecuencia teórica sino a la vez una eficiencia teórica para la modificación de la sociedad. Ante el llamado pensamiento puro parece endeble el pragmatismo del pensamiento social, pero éste resulta a la postre de mayor contenido histórico, pues hacer historia es la finalidad del hombre.

En la tarea histórica de Luis Araquistain se observa el deseo de que los trabajadores se eleven a jerarquía concreta de representación. Quería elevarlos para que elevaran su visión finalista. Mas él se había preguntado: ¿pero es que hay una "lucha final"? ¿Es que en historia

puede haber una lucha final? Lo que no implica la negación de un fin en cada etapa de lucha. El concepto de "lucha final" es teoría mesiánica, aunque Marx, por imperativo de raza, era medio mesiánico.

El contenido histórico de la teoría social de Araquistain, su teoría social histórica, se evidencia en su libro "España en el crisol. - Un Estado que muere y un pueblo que renace". Ulteriormente Araquistain se enfrentó con "La Rebelión de las masas", de José Ortega y Gasset. Sin embargo, Araquistain no fue un antiorteguista. Su posición dialéctica era anterior. Su libro es antípoda de la "España invertibrada", del filósofo, ambos aparecidos en el mismo período y bajo idéntico deseo comprensivo de la realidad española. El libro de Ortega y Gasset nos muestra una teoría de España en función de devenir. El libro de Araquistain nos enseñó lo que España debía hacer "aquí y ahora". Ortega y Gasset teorizó pesimista al margen de la circunstancia de tiempo. Araquistain, dialéctico, con circunstancia de lugar y tiempo, fue en aquella coyuntura más que optimista, un pesimista activo, heredero de la hispánica posición pesimista que leímos en Macías Picavea, Joaquín Costa y Julio Senador Gómez.

El fin de la Guerra Europea (1918) con el triunfo de la democracia y la Revolución Rusa, fueron acontecimientos de tanta repercusión internacional, que ningún pueblo escapó a su influjo. España no pudo escapar, sencillamente porque en ella existían las contradicciones sociales incitadoras de la guerra y de la Revolución, y porque el móvil ideal por el que tantos millones de hombres habían sucumbido, había echado raíces en la conciencia española. La Huelga Revolucionaria de Agosto de 1917 fue el aldabonazo que anunciaba la mayoría de edad política del pueblo español. Se acentuó desde entonces la existencia de dos Españas, la oficial y la real, cuyo diagnóstico Araquistain anunciaba con el subtítulo de su libro: "Un Estado que muere y un pueblo que renace". La lucha por el poder, con el consiguiente desplazamiento de la Monarquía, se retrasa unos diez años porque el ejército, ante el peligro de perder sus excepcionalísimos privilegios con el cambio de régimen, se erigió en dictadura, ayudado por las oligarquías clerical y latifundista. ¿Para salvar la Monarquía? En realidad para salvar sus privilegios y para que quedara sin responsabilidad la que les cabía como tales y como encubridores de la del rey en el desastre de Annual. El mascarón de proa de aquella dictadura fue el pintoresco general Miguel Primo de Rivera, a quien, como no tenía pasta trágica, lo aban-

donaron sus propios compañeros de armas y lo traicionó el rey en la hora decisiva de hallar otra salida.

Durante la dictadura, la que el Dr. Gregorio Marañón tituló de "los años indignos", Araquistain ejercía su magisterio periodístico en "España" y "El Sol" (Por entonces colaboraba muy asiduamente en "La Nación", de Buenos Aires, y otros rotativos hispanoamericanos). El ocio político impuesto por la dictadura militar le obligó a hacer política en otra dirección, la literaria. De entonces es su incursión en el teatro, con sus obras "Remedios Heroicos", "El Coloso de Arcilla", "La rueda de la virtud", "El Rodeo" y su adaptación de "Volpone o El zorro", de Ben Jonson. Estas obras son tratados de sicología personal, social y política con una previa política formativa de la personalidad. Desde sus primeros escritos Araquistain insistió en la necesidad de hacer del español un hombre de carácter que incidiese a la vez sobre las instituciones superiores: la familia, la colectividad, el Estado. De su convivencia con los ingleses le brotó ese cultivo del carácter que desarrolló en su obra. Teatro ibseniano. Araquistain se declara admirador y discípulo del autor de "Espectros".

Otro aspecto de su creación literaria fue la novela. Novela de crítica social y de análisis de la patología nacional es "Las Columnas de Hércules". Sin abandonar la presentación de tipos que dan fisonomía al ser español, la novela de Araquistain es en realidad de crítica y polémica. Lo más sustancioso de dicha novela creemos es el espacio que dedica a estudiar las letras españolas en unos diálogos de redacción. Otra novela, o serie de novelas cortas, son las que integran el volumen titulado "La Vuelta del Muerto", en las que lo específicamente literario, al margen de lo crítico, alcanza profundo perfil artístico. Otra obra de imaginación fue la novela "El archipiélago Maravilloso", que el autor subtitula "Aventuras Fantasmagóricas", aunque las realidades que interpreta: inmortalidad, femineidad, hombridad, sociedad y vida son temas bien reales.

Algunos de sus mejores ensayos fueron recogidos en su volumen "El Arca de Noé", y su temperamento polémico, de apasionada erudición, de magisterio académico por lo serio y popular por lo claro, como todo lo suyo, reapareció en su libro "La Batalla teatral", en el que, igual que en toda su obra, lo predominante, el arte y la literatura, lo interpreta como instrumento para la renovación de valores españoles; para que España deje de ser una colonia de sus oligarquías.

Como resultado de su primer contacto con la realidad vital de Hispanoamérica, Araquistain hizo del hispanoamericanismo una de sus constantes. Ya en su trabajo "Una Universidad Hispanoamericana" ("España" Nº 24 - 1915) afirma su preocupación por nuestros problemas. Luego, en su trabajo, "La ciudadanía alternativa" ("España" Nº 43 - 1916), martillea sobre el mismo problema. Entre sus colaboraciones periodísticas se podría entresacar más de un volumen sobre el tema, pero además tiene en su haber tres libros fundamentales: "El Peligro Yanqui", "La Agonía Antillana" y la "Revolución mejicana". Síntesis de su propósito en esta constante de Araquistain puede ser lo que dice en el prólogo a "El Peligro Yanqui":

"El peligro yanqui, además, lo es especialmente para el resto de América. El capitalismo norteamericano puede ser espuela de progreso para las Repúblicas rezagadas de América; pero tras el capital van la bandera, los ejércitos, las instituciones, la lengua, la cultura del pueblo invasor. Admiramos vivamente la cultura anglosajona; ha sido nuestro mayor sustento espiritual; pero la aborreceríamos si quisiera imponérsenos, descuajando la personalidad histórica de nuestro país. Y en cierto modo, cada país americano de lengua española es una continuación, a veces superada, del nuestro..."

El fin temático de estos libros es la afirmación de la personalidad de la cultura hispánica, cuyos aspectos negativos no se libraron de los duros ataques del autor, frente a la cultura anglosajona. Ni inferior ni superior, diferente. Con igualdad de derechos a los de las otras culturas para integrarse en el conjunto de ellas en su natural deseo de supervivencia.

Pero había que reanudar la gran polémica de España. Una polémica en términos de palabra y acción. El arco de resistencia monárquica de la dictadura se estaba resquebrajando. Mientras unos buscaban nuevos puntales de sostenimiento, los más, el pueblo, buscaba la solución en el cambio de régimen. Araquistain escribía en "El Sol" y "El Socialista". Su artículo "¿Qué hacen los socialistas?", publicado en el órgano oficial del Partido Socialista, alcanzó una doble finalidad: demostró qué hacían los socialistas y a la vez alertó a éstos en un trance de orientación para el derrocamiento de la monarquía. Este artículo, y el que firmaron José Ortega y Gasset, Gregorio Marañón y Ramón Pérez de Ayala, "Delenda est Monarchía", fueron los dos trabajos que más inquietud despertaron en aquel momento histórico.

Por entonces, recogiendo su tesis de "aquí y ahora", Araquistain apareció con un nuevo título, el de su libro "El Ocaso de un régimen". La denominación no podía ser más directa. Si el anterior, "España en el Crisol", había resultado profético, el segundo, escrito bajo el mismo imperativo, no lo fue menos, confirmada su tesis con el 12 de Abril de 1931 y la proclamación de la República el 14.

Araquistain había ejercido representación política como concejal del Ayuntamiento de Madrid, y en la República fue electo diputado por el Partido Socialista. El es el autor de la fórmula "España, República de trabajadores". Con el agregado que le hicieron: "de toda clase", le mistificaron la denominación. Por muchas que sean las divisiones en la clasificación del trabajo, socialmente, y más que social históricamente, trabajador es el que no vive de rentas y tiene que emplear sus manos o su inteligencia, ambas cosas en la mayoría de los casos para ganarse el sustento de cada día.

En los primeros años de la República, Araquistain fue embajador en Berlín. Allí pronunció su conferencia sobre Menéndez y Pelayo, que tanto asombró a los hombres de izquierda, ese Menéndez y Pelayo a quien con tanto respeto despectivo —valga la contradicción de los términos— trató José Ortega y Gasset:

"Menéndez y Pelayo, cuando juvenil y hazañero, rompió aquellas famosas lanzas en pro de la ciencia española; antes de su libro entreveíase ya que en España no había habido ciencia; luego de publicado se vio paladinamente que jamás la había habido. Ciencia, no; hombres de ciencia, sí. Y esto quisiera hacer notar. Nuestra raza extrema, nuestro clima extremo, nuestras almas extremosas no son las llamadas a dejar sobre la historia el recuerdo de una forma de vida continua y razonable". (José Ortega y Gasset: "La Ciencia Romántica". Obras Completas T. I.)

Para Araquistain, Menéndez y Pelayo es muy otra cosa:

"Y, sin embargo, no obstante la enemiga de unos y otros, ningún escritor español ha influido tanto como Menéndez y Pelayo en el desenterramiento y la renovación de la cultura española, aunque sean pocos los que le reconozcan esta deuda. Sus mayores detractores están quizá en el campo de aquellas actividades científicas que más le deben. Sin él, todos los españoles seríamos más pobres en el conocimiento de la cultura nacional y de las más eminentes culturas extranjeras de todos los tiempos". (Luis Araquistain: "Marcelino Menéndez y Pelayo y la cultura alemana").

Más aún. Araquistain recoge el dato que señala Farinelli sobre el hecho de que Menéndez y Pelayo pensaba en los **Discursos a la nación alemana** de Fichte "al abogar ardorosamente por una rehabilitación y un renacimiento de la cultura patria"...

En Europa se iba estereotipando un clima de valoraciones decadentes. Las crisis económicas originaban crisis espirituales. Hasta entonces eran ciertos pueblos los que habían mantenido cierta jerarquía de convivencia: Grecia, Roma, España, Francia, Inglaterra, Alemania. Antes, a la par y sucesivamente de estas rutas jerárquicas, las religiones: paganos, cristianos, mahometanos, budistas, católicos, protestantes. Todo parecía esfumarse ante el dilema: ¿Capitalismo o socialismo? ¿Capitalistas u obreros? Por entonces José Ortega y Gasset publica "La Rebelión de las Masas". La tesis orteguiana recibió su definitiva consagración con las siguientes palabras:

"Debo decir que a mí, de todas esas ideas, las que hoy me interesan más son las que todavía siguen siendo anticipaciones, y aún no se han cumplido ni son hechos palmarios. Por ejemplo: el anuncio de que cuanto hoy acontece en el planeta terminará con el fracaso de las masas en su pretensión de dirigir la vida europea. Es un acontecimiento que veo llegar a grandes zancadas. Ya a estas horas están haciendo las masas —las masas de toda clase— la experiencia inmediata de su propia inanidad. La angustia, el dolor, el hambre y la sensación de vital vacío las curarán de la atropellada petulancia que ha sido en estos años su único principio animador. Más allá de la petulancia descubrirán en sí mismas un nuevo estado de espíritu: la resignación, que es en la mayor parte de los hombres la única gleba fecunda y la forma más alta de espiritualidad a que pueden llegar. Sobre ella será posible iniciar la nueva construcción. Y entonces se verá, con gran sorpresa, que la exaltación de las masas nacionales y de las masas obreras, llevada al paroxismo en los últimos treinta años, era la vuelta que ineludiblemente tenía que tomar la realidad histórica para hacer posible el auténtico futuro, que es, en una u otra forma, la unidad de Europa. Cuando hace diez años anuncié que en todas partes se pasaría por situaciones dictatoriales, que éstas eran una irremediable enfermedad de la época y el castigo condigno de sus vicios, los lectores sintieron gran conmiseración por el estado de mi caltre". (José Ortega y Gasset: Prólogo a la cuarta edición de "España Invertebrada").

No tenemos a mano el trabajo de Araquistain sobre la filosofía de Ortega y Gasset, publicado en su revista "Leviatán", para que se com-

probara que la oposición de Araquistain a la tesis orteguiana no era sólo de carácter social sino también filosófico. Pero recogiendo Araquistain el pensamiento social de Ortega y Gasset, después de recoger las palabras que hemos transcritto, dice:

"Estas palabras de tonos proféticos y apocalípticos me hubieran dejado impasible en otro momento, por la evidente incongruencia entre lo infundado del crimen de que Ortega acusaba a las pobres masas "de toda clase" y luego más concretamente "masas nacionales" y "masas obreras", para que no hubiera confusión, y el terrible y casi bíblico "castigo condigno de sus vicios", que no era otra cosa que la dictadura sanguinaria. ¿Pues qué otro crimen de las masas, es decir, de los pueblos, era esa "pretensión de dirigir la vida europea", sino única y exclusivamente el deseo de que sus países se rigiesen por sistemas democráticos y parlamentarios? Fuera de Rusia, eso era todo lo que las masas querían y ejercían. ¿Y era ése el crimen por el cual merecían ser condenados nada menos que a la angustia, al dolor, al hambre, al vacío vital y, como remate, a la tiranía del asesinato legal y de los campos de concentración, y finalmente, como último consuelo, a la resignación, es de suponer que cristiana, aunque no se dijera, como ha predicado siempre la Iglesia Católica a las masas obreras?" (Luis Araquistain: "En defensa de un muerto profanado", "El Socialista", Toulouse, diciembre 1º de 1955).

En cuanto al caso concreto de España, la tesis orteguiana era como una justificación de las medidas represivas de un gobierno que entregaba la República a la reacción, secular perturbadora de la vida española. No podemos suponer lo que hubiera sido de España si hubiera triunfado la Revolución de Octubre de 1934, lo que si sabemos es a lo que nos ha conducido su derrota.

Precisamente fue en torno al hecho social, concretamente sobre la interpretación marxista, dialéctica, de la historia, que se suscitó la polémica entre Julián Besteiro y Luis Araquistain, con el ingreso de Julián Besteiro en la Academia de Ciencias Morales y políticas (1935), y su discurso "Marxismo y Antimarxismo" (como se agigantan con el tiempo la doctrina del discurso y la personalidad del autor). Araquistain lo comentó desde "Leviatán" en tono polémico. Trataba de justificar teóricamente aquella gran lección de historia, de marxismo y de sacrificio que fue la Revolución de Octubre de 1934, con la que el Partido Socialista Obrero Español se justificó como instrumento de acción revolucionaria en un mundo de claudicaciones políticas, incluso socialistas.

La República Española se convirtió en el centro de la pugna internacional entre totalitarismo y democracia. El nazi - fascismo, iniciando su expansión atlántica, puso sus miras en España. Le ayudaron en su propósito ejército, clero y latifundismo. Con tal de no perder privilegios, no titubeaban en hacer de España una colonia. A la vez, el nazi-fascismo, haciendo de España una colonia, reanudaba la política de aislamiento de Gran Bretaña, que ya emprendió Napoleón. El resultado de estas maniobras de guerra fría fue la guerra caliente que estalló el 17 de julio de 1936, Guerra civil internacional en España, y en 1939 la guerra mundial.

Araquistain asumió en 1936 la embajada en París. Los intereses materiales e ideológicos de ambas monstruosas contiendas se sustentaron con las armas y con las ideas. España y Rusia no habían sostenido reconocimiento diplomático hasta después de iniciada la Guerra Española. Sobraban los dedos de una mano para contar en miles los comunistas existentes en España. Sin embargo, la reacción española y el nazi - fascismo quisieron justificar su acción contra España agitando el fantasma del comunismo, que si existía como tal peligro era en los países dominados por el nazi-fascismo. Rusia se aprovechó de esta propaganda, y aunque gitaneaba su ayuda a España por tratarse de una guerra para la reconquista de la democracia, lo cierto es que Stalin intervenía en España para mediatizar la política expansiva hitleriana hacia el oriente europeo, hasta llegar en 1939 a firmar el pacto Hitler - Stalin para repartirse a Polonia.

Araquistain se hizo oír internacionalmente, proclamando lo que le había contestado a Radek en una pregunta alusiva: "La revolución española no es francesa, ni alemana, ni rusa, es española". Esta definición aclaró el horizonte polémico. A los imperialismos en pugna no les interesaba una España libre sino sometida a sus respectivos designios. Mientras Hitler y Mussolini volcaron su potencial bélico en favor de Franco, las democracias nos abandonaron y Rusia se esforzó en hacer de España una cabeza de puente para su política de expansión en Occidente. Lo que no logró con la República lo está logrando con Franco, gracias a la ayuda estadounidense. El golpe comunista de marzo de 1937 en Barcelona, con la consiguiente crisis del gobierno de Francisco Largo Caballero, marcan el principio del derrocamiento de la República. El cambio de gobierno implicó abandono de la democracia y la renuncia al contenido social de la guerra.

Araquistain deja la embajada e inicia su larga polémica anticomunista, polémica que mantiene después de la guerra desde Londres y Ginebra. Difícilmente se encontrará una mentalidad de tanta jerarquía y una voluntad tan tensa desenmascarando las falsas posiciones revolucionarias del comunismo, posiciones que sólo han servido para el engrandecimiento del imperialismo zarista, del que es heredero el soviético.

La fama que prestigiaba a Araquistain ante la masa general de sus lectores como polemista, creemos que le arrebató tiempo para lo que él hubiera deseado y también sus lectores más conspicuos, es decir: dos o tres volúmenes orgánicos sobre la realidad española de nuestro medio siglo, en sus aspectos económico, social, político, cultural, histórico, y en función de sus relaciones internacionales. Su afán combativo le desvió la ruta. Cierto es que en la multitud de sus artículos se pueden hallar las múltiples facetas de esa realidad española, pero pierden eficacia en su dispersión.

Justo es recordar que su actitud de periodista franco - tirador de la cultura, obedecía al imperativo que se desprende de su obra para "ahora y aquí". A eso obedecía su posición polémica frente al comunismo y al nazi-fascismo-franquismo. No era de los intelectuales que se dedican a otear la historia sino que se mezclan en ella y toman posición ocupando trinchera.

Le preocupaba España como entidad histórica, como expresión cultural y como realidad política, y en este último aspecto, en su expresión institucional. Era un escritor comprometido, idealmente comprometido, de un compromiso muy personal. No se curaba de vaguedades sino de realidades. Más que lo accidental le preocupaban las esencias. Era de una gran cultura metafísica. Y se empeñaba, como buen intelectual, en hallar no la realidad extravertida de las cosas y las teorías sino las que se agitan en la entraña de las teorías y las cosas. Y era natural que, en el problema concreto de España, lo que se viene en llamar Problema español, que es una manera de dar vueltas en torno a España como problema, buscara también las esencias más allá de las contingencias inmediatas, aunque en política lo contingente es siempre lo más real. En este sentido es muy aleccionadora su polémica, llamémosla así, con Indalecio Prieto, durante el Séptimo Congreso, en Toulouse, del Partido Socialista Obrero Español en el Exilio. A Araquistain, más que lo accidental institucional, le preocupaba la

esencialidad española, es decir, la vuelta de los españoles a su natural escenario histórico. Pensamos, sin embargo, que acaso el auténtico escenario de lo español, sea, más que su solar hispánico, el mundo. Somos un pueblo de conciencia universal, aunque pensemos con mentalidad de terruño, es decir, somos funcionalmente ecuménicos.

Ultimamente tomó parte en la polémica que Américo Castro y Claudio Sánchez Albornoz plantearon con sus libros "España en su historia" y "La Realidad Histórica de España", del primero, y "España, un enigma histórico", del segundo, que ambos han enriquecido con nuevos títulos. El trabajo de Araquistain, "Historia mítica e historia crítica", publicado en el N° 35 de CUADERNOS del Congreso por la Libertad de la Cultura (marzo - abril 1959), es una incisión de su personalidad en ese gran mosaico de sangre y cultura que fue la vida hispano - árabe. Se nos fue antes de que le pudiéramos preguntar qué entendía como "ser de España". Su artículo nos dejó algunas dudas.

Su formación autodidacta tenía, sin embargo, solidez académica de disciplina universitaria. Era un profesor que hablaba al hombre de la calle haciéndose grato a la vez a los doctos. Su prosa era tersa pero flexible, armónica y viva, polémica al fin. Escribía como contestando a priori a los posibles contradictores que pudieran salirle al paso. De ahí que sus artículos sean un cañamazo de complejos intelectuales cuya finalidad es el complejo orgánico de la cultura. Cualquiera de sus ensayos, por muy ceñido que sea al tema, es un incentivo a otros temas. Si José Ortega y Gasset dio al ensayo filosófico originalidad, profundidad, claridad y gracia, Araquistain dio al ensayo político y social profundidad, claridad, personalidad y fuerza y el fermento de un verdadero polemista: la pasión.

La muerte lo sorprendió recién nombrado director de CUADERNOS del Congreso por la Libertad de la Cultura. Una carta de Julián Gorkin nos informa de lo que Araquistain reavivaba para el futuro de la revista y su inmarchitable optimismo constructivo:

"La desaparición de Araquistain nos ha hecho polvo en toda una serie de proyectos que teníamos y a mí personalmente me ha afectado muchísimo. No le ha durado la alegría de ser director de CUADERNOS, lo que según su hijo, Saborit y otros muchos parecía haberle devuelto a los tiempos de "LEVIATAN". Hubiera enriquecido extraordinariamente las columnas de CUA-

DERNOS, pero todo se lo ha llevado el diablo y no hay nada que hacer. A título de homenaje y respondiendo a una necesidad histórica y política, estoy haciendo esfuerzos para conseguir que se publiquen, en varios volúmenes, sus cosas inéditas y una selección de su obra dispersa"...

El Comité Uruguayo del Congreso por la Libertad de la Cultura se asocia al homenaje al gran publicista español muerto en exilio por su incompatibilidad por las fuerzas reaccionarias negadoras de la cultura española. Nuestro homenaje lo queremos convertir en una obra principio de una labor de cultura, iniciando con su trabajo "Franco y el comunismo" publicado en CUADERNOS, N° 37, julio - agosto 1959, con el título "La sucesión del General Franco y el comunismo en España", la serie uruguaya de "Cuadernos de Cultura y Libertad".

En este ensayo Araquistain consolida su fervor democrático y denuncia la gran estafa histórica que están realizando los dos totalitarismos existentes.

F. FERRANDIZ ALBORZ

Montevideo, agosto de 1959.

Franco y el Comunismo

Por LUIS ARAQUISTAIN

Por causa de la guerra española de 1936-1939, provocada por una insurrección militar, estuvo a punto de constituirse un Estado soviético en la Península Ibérica. No fue el comunismo, inexistente entonces en España, el que engendró la cuartelada, como falsamente han dicho mil veces sus autores. Fue la cuartelada, la guerra civil, luego la guerra internacional indeclarada, la que incubó el comunismo e hizo de España un satélite temporal de Rusia, útil para su política de acercamiento a Hitler, que culminaría en el pacto soviético - alemán de 1939. (De ello me ocupé en mi trabajo "La intervención de Rusia en la guerra civil española", publicado en el número 29, marzo-abril, 1958, de esta revista). Y es la cuartelada todavía reinante en España la que está creando las condiciones políticosociales necesarias para que el comunismo soviético sea el presunto heredero del general Franco.

El porvenir de los Sindicatos

No se trata de un cuento de miedo, sino de una evidente realidad histórica. En la España actual se destacan dos fuerzas positivas: el ejército y los sindicatos; la primera, en activo; la segunda, en potencia. Los sindicatos actúan como órganos forzosos del Estado franquista. La unidad sindical es obligatoria, como lo es en los regímenes llamados comunistas, como lo fue en la Italia de Mussolini y en la Alemania de Hitler. Pero cuando Franco caiga o fallezca, yo no estoy se-

guro de que los trabajadores españoles rompan su unidad sindical compulsiva y vuelvan a sus organizaciones de antes de la guerra. No han vuelto en Alemania: conservan libremente la unidad sindical que les impuso Hitler. Es posible que en España se repita el mismo fenómeno: que la estructura sindical vigente sobreviva al franquismo. En torno de los sindicatos se han creado grandes intereses jurídicos, económicos y culturales —leyes sociales avanzadas, enormes fondos de reserva y fastuosas universidades laborales— que les incitarán a mantener voluntariamente la cohesión cuartelera de ahora.

Si eso sucediera, ¿qué inspiración política seguirían los sindicatos españoles? Yo creo que los sindicatos en todo el mundo tienden cada día a una existencia autónoma, a depender cada vez menos de los partidos políticos. Eso ocurre ya, como hemos visto, en Alemania. En los Estados Unidos, los sindicatos fueron siempre independientes de las organizaciones políticas. En Inglaterra, hasta hace pocos años, el partido laborista dirigía los sindicatos; hoy son los sindicatos los que dirigen el partido laborista. La tendencia a invertir o anular las relaciones tradicionales entre sindicatos y partidos parece universal. España puede no ser una excepción. No obstante, como a pesar de todo el hombre ha sido y será siempre un animal político, y el hombre mediterráneo, incluso cuando se llama anarquista, es mucho más animal político que el hombre nórdico, es de suponer que los sindicatos españoles no permanezcan insensibles a las sirenas políticas.

Hasta el fin de la guerra española en 1939, los obreros españoles se repartían entre dos grandes organizaciones sindicales: una adicta a la ideología demócrata - socialista y la otra afecta a la ideología anarquista. No había sindicatos comunistas, y los pocos católicos que hubo contaban con escasos adeptos. Ahora aquellas dos grandes organizaciones están declaradas fuera de la ley, cosa que no hizo el general Primo de Rivera durante su dictadura (1923-1930), pues por lo menos toleró la Unión General de Trabajadores, de tendencia socialista. De los obreros socialistas y anarquistas que sobrevivieron a la guerra, unos se quedaron en España y se vieron

obligados, para poder trabajar, a incorporarse a los sindicatos falangistas oficiales; otros, los exilados, se desparramaron por Europa, Africa y América.

Un vacío ideológico

Han pasado veinte años desde la guerra. Los viejos directores sindicales, socialistas y anarquistas, que permanecieron en España, o han muerto ya o viven retraídos por temor a las sañudas persecuciones del régimen. Puede decirse que el sindicalismo tradicional está decapitado en España. Entre la generación de la guerra y la generación actual se ha hecho un gran vacío ideológico. La nueva generación obrera del interior desconoce totalmente el socialismo y el anarquismo democráticos. La nueva generación de la clase media, hija en gran parte de padres falangistas o monárquicos, ha podido instruirse y radicalizarse —ya existe en el interior una Agrupación Socialista Universitaria— por sus viajes al extranjero y también por haber encontrado durante sus estudios, en bibliotecas públicas y privadas, muchos libros de ideología liberal y democrática cuya venta ha prohibido el régimen. En España es difícil montar y sostener un Estado policíaco riguroso. La misma Inquisición, la primera policía formidable que hubo en Europa, solía dormirse, a veces voluntariamente, en la censura de libros.

La juventud obrera, sin posible acceso al exterior ni a las grandes bibliotecas del interior, no tiene más alimento intelectual que la propaganda franquista y la que le transmiten día y noche por las ondas hertzianas las radios comunistas de Praga y otras ciudades. Como es natural, la propaganda comunista le parece menos tediosa que la apologética del franquismo. Para las nuevas generaciones españolas que escuchan las radios del exterior, el único gobierno que combate al régimen de Franco es el de la Rusia Soviética, y el único partido que trabaja por la liberación de España es el partido comunista.

Los otros partidos de la emigración española no pueden competir con las radios comunistas. Antes, algunas radios

uropeas no comunistas permitían intermitentes emisiones en español de tipo liberal y democrático, con destino al interior de España. Esto se acabó. El gobierno de Madrid ha ido expulsando a sus adversarios políticos de todas las radios del mundo occidental. Bastó la amenaza de denunciar un tratado de comercio vigente, o de no renovarlo, o la resistencia a firmar uno nuevo, para imponer silencio a las radios hostiles no comunistas. Los negocios son los negocios y las exportaciones son las exportaciones. Ya hasta la radio yugoslava de Belgrado, hospitalaria durante años con la voz de los republicanos en el exilio, ha enmudecido también en su hostilidad al régimen franquista. Alguna razón (quizá de Estado) habrá por medio.

La emigración española no comunista, desalojada ya de todas las radios del planeta, no tiene otro medio de influir en el interior de España que los papeles impresos, siempre pocos por escasez de fondos, enviados y distribuidos clandestinamente: sus modestos semanarios, sus esporádicas hojas sueltas, que rara vez pueden llegar a su destino. Por cada lector eventual y heroico que encuentran en territorio español los escritos de los demócratas exilados, los mensajes diurnos y nocturnos de las emisoras comunistas tienen cien mil radioescuchas. El vacío ideológico que han dejado el socialismo y el anarquismo en la clase trabajadora de España, después de la guerra, lo está llenando el comunismo soviético.

Y no lo llenan sólo los torrentes de palabras que llueven de las radios comunistas. Detrás de las palabras han ido los hombres de carne y hueso. Es un hecho público y notorio que en estos últimos años han regresado a España, por orden superior de Moscú, muchos jóvenes comunistas, a ciencia y paciencia de las autoridades españolas. Han ido a infiltrarse en los sindicatos y en otros órganos del régimen, a ocupar los puestos de dirección que socialistas y anarquistas habían dejado vacantes. Han ido a recoger el fruto ubérrimo de la siembra prodigada durante años por las radios comunistas.

La dictadura española cierra los ojos a esta invasión. No sabemos si en ello median también razones de Estado parejas a las que impusieron silencio a las radios no comunistas; o

si el general Franco lo tolera por sentirse más hostil a la democracia de tipo occidental que al totalitarismo soviético, cuya eficacia ha elogiado públicamente en varias ocasiones; o si con ello quiere cultivar artificialmente dentro de España un "peligro comunista" que justifique una prórroga indefinida de su usufructo del poder.

Se dirá: ¿por qué los españoles republicanos, socialistas y anarquistas no imitan a los comunistas y se reintegran a su patria? Unos, porque recuerdan que no pocos de los que se repatriaron fueron a presidio por el único crimen de ser republicanos y allí siguen desde hace muchos años. Otros, porque se han acostumbrado a una vida de libertad y bienestar que no podrían tener en la España esclavizada y empobrecida de hoy. Muchos, tal vez los más, porque por encima de las motivaciones personales han hecho del exilio una cuestión de dignidad: no quieren volver mientras unas paces humanas no liquiden los odios de la guerra.

En 1939 no hubo un abrazo como el famoso de Vergara que, un siglo antes, en 1839, se dieron los dos generales en jefe en el campo de batalla y que puso término a la primera guerra civil carlista. Aquel abrazo de 1839, tan ridiculizado por un liberalismo miope o pueril de nuestro tiempo, fue uno de los hechos más nobles y civilizados que han ocurrido en la historia, tan fratricida, de los españoles, sobre todo visto ahora a la luz de la guerra que no halló paz en 1939.

Como lo fue la forma en que concluyó en 1865, tras cuatro años de lucha muy cruel, la guerra civil norteamericana de secesión: no hubo manifestaciones de triunfo o alborozo por parte de los vencedores; a los rebeldes vencidos no se les impuso otro castigo que prometer bajo palabra de honor no volver a sublevarse; finalmente, el 29 de marzo de 1865, el presidente Johnson solemnizaba el fin de la guerra con una amnistía general.

La humanidad con que terminaron las guerras civiles de España y los Estados Unidos en el siglo XIX tiene una explicación: en los dos países los vencedores fueron los liberales, y los vencidos eran los insurgentes. La inhumanidad con que se sella la guerra española en 1939 y después, hasta la

fecha, coincide con este otro hecho: los vencedores, además de ser los insurrectos, fueron los absolutistas vencidos siempre en la centuria precedente. Todos los pueblos, en alguna época, han sufrido guerras civiles: tal vez son fases inevitables de la historia. Pero con la madurez política de las naciones, la lucha armada en las calles o en los campos de batalla es sustituida por la lucha incruenta de las urnas electorales y los parlamentos. En el occidente de Europa puede decirse que se ha superado la fase de las guerras civiles. Con una sola excepción: España.

Anacronismo de la guerra civil

Una guerra civil tan feroz como la española de 1936-1939 no se concibe en ningún país occidental de nuestro siglo. Y cuando alguna vez en el pasado ocurrió excepcionalmente, como la mencionada de los Estados Unidos en 1861-1865, los dos bandos procuraron borrarla y olvidarla apenas concluida, como un oprobio de trágica memoria para todos. Sólo en España algunos de los vencedores de 1939 no quieren que su victoria se olvide nunca, ni que la guerra se dé por terminada jamás. Así lo proclamó el general Franco el 1 de abril de 1959 al inaugurar en la Sierra del Guadarrama, al norte de Madrid, el faraónico mausoleo llamado Valle de los Caídos:

“Mucho fue —dijo—, lo que a España costó aquella gloriosa epopeya de nuestra liberación para que pueda ser olvidado; pero la lucha del mal con el bien no termina por grande que sea su victoria. La anti-España fue vencida y derrotada, pero no muerta. Con la victoria, como sabéis, no acabó nuestra lucha. En el tiempo que corremos no cabe el descanso”.

Es decir, la guerra del general Franco contra los demócratas españoles continúa después de veinte años en que cesaron las hostilidades. “Nuestra guerra —declaró en el mismo discurso—, no fue, evidentemente, una contienda civil más, sino una verdadera cruzada, como la calificó entonces nuestro Pontífice reinante.”

Cruzadas se llamaron las cuatro expediciones militares, publicadas por el papa, contra los infieles, que entonces eran los

musulmanes turcos, y tuvieron lugar entre fines del siglo XI y fines del siglo XII. Eran una mezcla de guerras de religión y aventura picaresca para la nobleza ociosa y ambiciosa de Europa. Pero nunca un hombre laico, mentalmente responsable, tuvo la desventura de calificar de cruzada una guerra civil entre hermanos de la misma raza y nacionalidad. Esa osadía o torpe licencia poética le estaba reservada al cabecilla de una rebelión militar que costó un millón de vidas, no de turcos medievales, sino de españoles del siglo XX, y que jamás hubiera triunfado sin el concurso de los musulmanes mercenarios de Marruecos y de los combatientes forzosos suministrados por los ateos Hitler y Mussolini. Confesionalmente la “cruzada” de Franco —de origen judío a su vez—, fue un matalotage de creyentes y descreídos.

Se había supuesto que la necrópolis del Valle de los Caídos estaba destinada a los muertos de los dos bandos de la guerra. Pero Franco, en el discurso citado, sólo habló de los caídos de su lado, que era como excluir a los otros:

“¿Cómo podría expresar —discriminó—, la honda emoción que nos embarga ante la presencia de las madres y las esposas de nuestros caídos, representadas por esas mujeres ejemplares aquí presentes que, conscientes de lo que la patria les exigía, colgaron un día las medallas del cuello de sus deudos, animándoles para la batalla?”

¿Se concibe que un jefe de Estado, mentalmente normal, hable en esos términos de parcialidad fratricida y atizamiento cainita de odios, veinte años después de una atroz guerra civil? Franco no quiere hacer las paces ni con los muertos. Pero en eso ya no le acompañan sus leales de otro tiempo, como puede verse por estas notables palabras transcritas de unas octavillas que la Falange española distribuyó el mismo día y en el mismo lugar de la inauguración del Valle de los Caídos:

“La Falange estuvo en unas determinadas trincheras porque se jugaba el destino de España. Pero la razón revolucionaria de la Falange la acercaba política y socialmente más a las trincheras de enfrente que a aquellas en que se combatía... Si José Antonio (Primo de Rivera, fundador de la Falange) va al Valle de los Caídos (antes estuvo sepultado en

El Escorial), tiene que ser porque el Valle de los Caídos acoja a los muertos de España, sean del lado que sean y sin discriminaciones de ningún género. La Cruz no puede amparar el farisaísmo de los muertos buenos y de los muertos malos. Y mucho menos la perpetuación de la guerra civil.”

Todo España quiere la paz menos Franco

El único que quiere perpetuar la guerra civil española parece ser el general Franco. Todos los españoles adultos que no han perdido la razón y todos los españoles jóvenes que ya la han adquirido quieren la paz. Sólo para Franco la guerra es su razón de ser como jefe de Estado. Hacer una paz civil y justa sería anular el derecho de conquista en que funda el origen de su realeza y su dinastía. Oficialmente se titula caudillo, pero de hecho y de derecho —hasta de derecho divino—, es el rey de España. Algunas monedas con su efigie proclaman su poder mayestático “por la gracia de Dios”. Por ley se dispuso que su nieto Francisco Martínez (apellido del padre) abandonara el vulgar Martínez y se llame Francisco Franco (II), como el abuelo. Sólo el nieto: las nietas seguirán llamándose “las Martínez”. Ese trastrueque de apellidos era necesario para la deseada sucesión en la dinastía del rey Franco I.

Es la única sucesión que le interesa. De la restauración de los Borbones, como sucesores de Franco, ni hablar. Los monárquicos españoles se figuraban que la monarquía oficialmente restaurada en 1947 era una eutrapelia política. Para ellos restauración monárquica y restauración de los Borbones eran sinónimos. Pero no para Franco. Los monárquicos aceptaron pacientemente los aplazamientos con que el caudillo condicionaba y difería el traspaso del poder: había que esperar al fin de la guerra española, después al fin de la segunda guerra mundial y finalmente a que las dos ramas borbónicas se reconciliaran directamente, confirmando la reconciliación en la guerra civil.

Para propiciar al dictador de España, en diciembre de 1957, los descendientes de la rama liberal y la carlista de los Borbones se dieron un nuevo abrazo de Vergara en tierra portu-

guesa. Para reiterar ese acto, el 6 de enero de 1959 volvieron a reunirse en Estoril (Portugal) los representantes de ambos grupos dinásticos, presididos por el conde de Barcelona, o sea el pretendiente don Juan de Borbón, hijo de Alfonso XIII, último rey de España. El conde de Barcelona pronunció un breve discurso en que veladamente pedía el poder a Franco. El escritor José María Pemán, a título de hombre sin personales ambiciones políticas, grato a las dos ramas dinásticas, reforzó con otro discurso más diáfano la misma solicitud, doliéndose de paso de que por causa de la premiosidad de Franco en desmontarse del trono “esté también en la fila, en el destierro, aquel que no tiene más delito que ser nieto de los Reyes Católicos y heredero de la Corona de España” (referencia a don Juan de Borbón).

Pemán envió su discurso con una carta a Luis Carrero Blanco, ministro-secretario de la Presidencia (brazo derecho y ninfa Egeria de Franco), para que lo hiciera llegar “a manos del jefe de Estado si así lo estima oportuno”. Al mismo tiempo Pemán, en su carta nuncupatoria, señalaba los peligros de demorar indefinidamente la restauración de la monarquía. En su opinión ya era mucho el tiempo que se había perdido: las nuevas generaciones ignoraban la monarquía. En ellas también se había operado un vacío ideológico.

“Yo —confesaba honradamente Pemán—, como padre de universitarios, compruebo cada día el creciente olvido de la juventud para con la Institución (monárquica), que no han conocido y cuyo amor no se les estimula. Preparar generosamente el ambiente de la Monarquía y amparar el traspaso a ella del régimen actual es la más gloriosa empresa con que el Generalísimo podría acabar su obra, entregada de otro modo a una angustiosa incertidumbre futura.”

Franco es rey de España por derecho de conquista

No opinaba así Carrero Blanco en su respuesta a Pemán. ¿Qué era eso de que hay que restaurar la monarquía

“Yo no veo el problema de la instauración de una monarquía —afirmaba Carrero Blanco—, porque la Monarquía

tradicional, católica, social y representativa... está ya instaurada. Hoy esta Monarquía está regida por su fundador, que es el Caudillo, con toda la legitimidad, autoridad y poderes que le dan la Victoria y lo excepcional de su obra. Cuando el Caudillo falte, porque Dios así lo disponga, la ley de Sucesión establece cómo será sucedido por un Rey."

Las cosas, claras. Según Carrero Blanco (*alter ego* del Caudillo), la Monarquía existe ya en España. El fundador de la dinastía y rey de España es Franco. Sus títulos vienen de su victoria en 1939. Es un derecho de conquista, la conquista de su patria, España, como cabecilla de una insurrección militar, en alianza sagrada, nada menos que de cruzada, con bereberes, italianos y alemanes, unos mercenarios, otros forzosos. No abandonará el trono y el cetro legítimos hasta que Dios así lo disponga. Es un hombre providencial. El origen de su poder es divino y a los designios inescrutables de la divinidad confía su término. Leyendo las palabras de Carrero Blanco, teórico sin saberlo del Estado primitivo de conquista, uno piensa si su panegírico es algo que corresponde a una realidad histórica o si más bien refleja una paranoia del poder, y en este caso si el problema de la sucesión del régimen de España no es tanto psiquiátrico como político.

Pemán, en su réplica, rechazaba la seguridad ciega de avestruz que Carrero Blanco tiene en una sucesión normal del régimen. El pulso actual de España, de la inmensa mayoría de los españoles, no es de confianza en lo porvenir. Así se lo dice Pemán al final de su segunda carta a Carrero Blanco:

"Si usted cree percibir en España otra seguridad y confianza le aseguro que no es exacto su cómputo y auscultación... Nadie está tranquilo en España acerca del futuro."

Urgencia de un gobierno de paz

Hay una prueba irrefutable de esa intranquilidad colectiva y profunda: las enormes entidades de dinero que han huído de España y siguen huyendo. Las sumas que se hicieron públicas a raíz de un escándalo reciente eran una fruslería. Según una fuente de información que me merece mucho crédito,

se calcula que los depósitos españoles de divisas, sólo en Suiza, pasan de dos mil millones de dólares. Calcúlese lo que habrá salido y sigue saliendo por Andorra, Tánger, Portugal y otros portillos de escape. En conjunto es probable que hayan emigrado de España, después de la guerra, capitales equivalentes a unos cinco mil millones de dólares.

Esto lo saben los grandes centros monetarios internacionales y es natural que nieguen o regateen créditos al gobierno español. Su argumento no tiene vuelta de hoja: "Si el capital español ha perdido la confianza en su propio régimen y huye del país a una de caballo, ¿qué confianza quieren ustedes que tengamos los extraños?" Los evasores de capital serán todo lo antipatriotas que se quiera; pero después de todo hacen lo mismo que antes hicieron los emigrados españoles: huir de la inseguridad y el peligro de su patria. Ese peligro e inseguridad no tiene más que una causa: la obstinación del general Franco en no ceder el paso a un gobierno que haga la paz con todos los españoles.

La forma de ese gobierno, republicana, monárquica o indefinida, si esto fuera posible, sería lo de menos. Lo esencial es que fuese un gobierno de paz y pacificador que permitiera el retorno de los demócratas españoles a sus ocupaciones habituales y a sus viejos sindicatos o a los nuevos, para que los comunistas no sigan llenando ese vacío; un gobierno que devuelva la confianza al capital fugitivo, para que en vez de continuar huyendo al exterior se reintegre a su patria y con ello se restaure también el crédito del Estado español; un gobierno, en fin, que haga levantar el veto político o moral que por su origen espurio y su carácter despótico y arcaico pesa en todo el mundo sobre el régimen de Franco y le permita a España entrar con la frente alta en las organizaciones internacionales donde aún no han querido admitirla, y levantarla del todo en aquellas donde ya está, pero como en un lazareto de sospechosos mentales o morales.

La sucesión del general Franco parece cada día más necesaria y urgente. Si se la aplaza hasta que "Dios así lo disponga", cuando eso suceda, los españoles y el mundo occidental pueden encontrarse con la sorpresa de que uno de los gran-

des puntales del régimen actual, los sindicatos, esté en manos de los comunistas, como ocurrió en Italia y en Francia después de la segunda guerra mundial y como está ocurriendo en algunas repúblicas hispanoamericanas, de las cuales habrá que ocuparse también en una ocasión próxima. En Francia e Italia, países bastante normalizados, la captura de los sindicatos por los comunistas no tuvo serias consecuencias políticas. Pero las tendría, y muy graves, en España, país nada normal, sobre todo después de una dictadura beligerante de veinte años que todavía pretende prorrogarse, y además si su caída va acompañada de la disolución o la paralización de las fuerzas armadas, como sucedió al caer la monarquía en abril de 1931. Entonces el cambio de régimen fue pacífico y democrático porque los sindicatos no estaban en poder de los comunistas. Que lo estén o no cuando desaparezca Franco, dependerá del propio Franco y de quienes le toleran dentro y fuera de España.

LUIS ARAQUISTAIN

Este folleto se imprimió
en los Talleres Gráficos
de C.I.S.A. (Compañía
Impresora S.A.) el día
5 de octubre de 1959.